

Toledo y sus visitantes extranjeros hasta 1561

Apenas podríamos concebir a Toledo, sin el perfil exótico del visitante extraño, que unas veces admirado y otras sorprendido, recorre la Imperial Ciudad.

El que habiendo nacido en España sienta el orgullo de su estirpe, percibirá en Toledo la augusta pesadumbre de un glorioso pasado al que no debemos renunciar; el extranjero que acaso no sepa comprendernos, puede gozar en nuestra Ciudad de la supervivencia de un mundo que murió, entre rumores de taller y ritmos de cincel.

Interesante sería conocer las impresiones de quienes desde lejanas tierras visitan Toledo, quizá con más curiosidad que emoción; ante las dificultades del intento, recogemos las de aquellos que les precedieron aún desde antes que nuestra Escuela de Traductores sentara cátedra de sabiduría junto al mágico vuelo ofrecido a Conrado de Marburgo, hasta que la Ciudad de los Concilios dejó de ser corte del más poderoso monarca del orbe, y entre ambos períodos, la versión del Tesoretto, en la que «Castilla era para los italianos aquel bello país donde se alza la ciudad de Toledo y son bonitas las mujeres y los hombres ásperos y caballeros.»

La *Passio* de San Eugenio (1), compuesta en la ciudad parisina de Deuil a mediados del siglo IX, nos dice que:

«Toledo es una muy preclara ciudad metropolitana de España, que aventaja en excelencia a todas las restantes urbes de este reino. Levantóse en las riberas del Tajo, río que abunda en pescados de diversas clases. La urbe goza de un sitio rodeado de viñedos y de los

(1) RIVERA, J. F., *La más antigua descripción de Toledo* en «*Ayer y Hoy*». Revista artístico-literaria editada por la Asociación de artistas toledanos. Toledo, Septiembre-Octubre 1952. Núm. 31.

frutos de toda suerte de árboles, así como también se alegra con los olivares, que en ella abundan como en nuestra región las viñas y con la fecundidad de todos los frutos de la tierra. Además se encuentra tan fortificada por los montes Pirineos, que con sus alturas parecen tocar el cielo, que es considera como inexpugnable para todos los enemigos.»

Prescindiendo de la vieja descripción, en la que un presbítero del santuario sepulcral de nuestro primer arzobispo, considera a Toledo erróneamente defendida por la frontera natural hispano-francesa, las primeras referencias acerca de la Ciudad Imperial que encontramos en los relatos históricos de sus visitantes extranjeros, son las proporcionadas por Abu-Abd-Allá Mohamed-Al-Edrisi, en su *Recreo de quien desea recorrer el mundo*.

El geógrafo árabe al servicio de Rogerio II de Sicilia, estima a Toledo situado en el centro de España (1), desde donde mide las distancias que le separan de Córdoba, Santiago, Jaca, Valencia y Almería y es la corte del príncipe de los castellanos.

«Fuertemente asentada, está rodeada de buenas murallas y defendida por una ciudadela bien fortificada. Ha sido fundada en época muy remota por los amalecitas. Está situada sobre un cerro y hay pocas villas que se puedan comparar con ella por la solidez y la altura de los edificios, la belleza de los alrededores y la fertilidad de sus campos regados por el gran río llamado Tajo. Se ve allí un acueducto muy curioso compuesto de un solo arco, por debajo del cual las aguas corren con una gran violencia y hacen mover, en la extremidad del acueducto, una máquina hidráulica que hace subir las aguas a noventa estadales de altura; llegadas a lo alto del acueducto, siguen la misma dirección y penetran después en la ciudad.

»En la época de los antiguos cristianos, Toledo fué la capital de su imperio y el centro de sus comunicaciones. Cuando los musulmanes se apoderaron de Andalucía, encontraron riquezas incalculables, y entre otras, ciento setenta coronas de oro adornadas con perlas y piedras preciosas; mil sables reales adornados con alhajas de perlas y rubies; gran cantidad de vasos de oro y plata y la mesa de Salomón, hijo de David, que según dicen, estaba construída de una esmeralda de una pieza.

»Los jardines que rodean a Toledo están regados por canales, sobre los cuales hay establecidas ruedas de rosario destinadas al riego de las huertas, que producen en cantidad prodigiosa frutos de una belleza y una bondad extraña. Se admiran desde todos lados las bellas posesiones y los castillos fortificados.»

El opulento recuerdo de las joyas conquistadas en el viejo reino visigodo, el agua bravía que ruge en el Tajo dominada por

(1) BLÁZQUEZ, A., *Descripción de España*, por Abu-Abd-Allá Mohamed-Al-Edrisi. Madrid, 1901.

la gracia de un artificio donde acaso Roma dejara su huella imperial, el suave verdor de los jardines acariciando blandamente la hosca altivez murada de que nos habla el Edrisi, se complementan en el libro titulado *Takaim-al-boldan* del príncipe Ismael Imad-Ab-Din-Al-Ayubi, con las noticias de que:

«Toledo es capital del Andalus (1) y está en la parte oriental de la ciudad de Valladolid. Se encuentra enclavada sobre un monte elevado y es de las ciudades más inexpugnables y de las más fortificadas. Tiene un río que pasa ciñéndola en su mayor parte. Es ciudad primitiva, y su nombre, Tolaitola, significa la alegre. Desde ella, hasta El Andalus oriental, por la parte de El Hayiz, hay próximamente un mes, y lo mismo hacia el mar Océano, por la parte de Silves, que está en la extremidad del Andalus occidental. Toledo está rodeada de arboleda por todas partes y parece convertirse en flor de granado ante la enormidad de granados que contiene, sin exceptuar la existencia de otras clases de árboles», y como Abulfeda por ser historiador y geógrafo es también poeta, escribe que «Excedió Toledo a cuanto se narró de ella—es ciudad de aspecto riente y dulce—Dios la embelleció rodeando su contorno—con el río Tajo y ramos de estrellas.»

Las líricas impresiones que el Edrisi y Abulfeda dan de la Imperial Ciudad en el siglo XII, contrastan con los errores del relato de León de Rosmithal y de Blatna, noble bohemio que acompañado de su secretario Schaschek y del patricio de Nuremberg Gabriel Tetzl, visita España durante los años de 1465 a 1467.

Ambos extranjeros redactaron versiones distintas de Toledo, pero son tan inexactas, que en la segunda se llega a confundir el nombre de nuestra Ciudad, cambiándole por el de Doleta.

Según Schaschek, «Es Toledo (2) una ciudad que tiene un castillo y que está situada en un collado que rodea un llano y por su importancia es quizá la segunda ciudad de Castilla; hay en ella un hermosísimo templo en que se guardan muchas reliquias de santos, y es fama que cuando los infieles conquistaron esta ciudad, perdonaron y respetaron el templo por su elegancia y belleza; pero la ciudad fué reconquistada de los infieles cuando Ildefonso era arzobispo de su iglesia. En otro tiempo, cuando el divino Ildefonso iba a celebrar la fiesta de la Natividad de Cristo, se le apareció la Virgen y le ofreció una casulla para que él solo y no otro dijese misa con ella.»

Tetzl cuenta como estuvo en Toledo, ciudad «de Castilla. Allí (2)

(1) MOLLÁ, F., *Descripción de España en Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid*. Madrid, primer trimestre 1906.

(2) *Literatura Nacional*. Sociedad literaria de Stuttgart. Stuttgart, 1844. Tomo VII.

reside el obispo más poderoso de este reino; se cree que puede gastar diariamente mil coronas. En la misma ciudad había también un conde rico y poderoso, amigo del obispo. Uno y otro enviaron al alojamiento de mi Señor cuanto fué necesario y le invitaron a sus casas y lo honraron sobre manera. En la ciudad vimos la cabeza de San Juan Bautista y muchas preciosas reliquias y la Biblia de más precio que, según se opina, hay en toda la cristiandad. Son tres grandes libros y el texto y la glosa escritos con letras de oro y en la otra cara de cada hoja hay una figura pintada; creen también que es la pintura de más valor que haya en el mundo.»

Sólo la breve referencia al maravilloso códice, donación de San Luis obispo de Tolosa a nuestra Catedral, por el que un rey legendario ofreció la ciudad de Guadalajara, destaca entre las confusas narraciones acerca de la estancia en Toledo del barón de Rosmithal.

En la tarde del día 14 de Enero del año 1495, Jerónimo Münzer llega a la Imperial Ciudad y en su *Itinerarium sive peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam*, donde un laconismo impropio de su cultura unido al desconocimiento de nuestra Historia malogran acaso la mejor relación extranjera medieval de nuestro país, manifiesta que:

«Es Toledo (1) una de las más ilustres y mejor fortificadas ciudades de España. Hállase situada en un monte y en sus tres cuartas partes circundada por el Tajo, que corre al pie de sus muros en un profundo valle, situación muy semejante a la de Berna, aunque el monte es mucho más escarpado. Sus murallas, construídas por los moros, son de una solidez extraordinaria; así es que bien puede decirse que el arte y la naturaleza han concurrido de consumo a fortificar la ciudad. Tiene iglesia catedral.

»En aquellos días había muerto el cardenal arzobispo, llamado don Pedro González de Mendoza, cuyo entierro presenciamos. Trajeron el cadáver de Guadalajara, población a veintidós leguas de Toledo y el entierro fué con tal pompa y solemnidad, que causaba admiración. Así en los arrabales como en las calles de la ciudad había millares de personas asomadas a las ventanas, pues Toledo es mayor y más populoso que Nuremberga. Este cardenal dejó inmensas riquezas en dinero, joyas y muebles, por un valor que se calcula en más de doscientos mil ducados; verdad es que la iglesia de Toledo es la primada y la más rica de España.

»No hay en todo el reino una catedral, de las que están completamente terminadas, que sea tan suntuosa como la de Toledo. Su longitud es de doscientos veinte pasos y su anchura de cuarenta y siete; tiene dos naves en cada uno de sus lados, excepto en el que corresponde al

(1) PUYOT, J., *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Madrid, Enero y Febrero 1924.

presbiterio, que tiene tres y de éstas, la última, destinada a capillas, riquísimamente decoradas, en una de las cuales están los sepulcros de varios reyes. Toda la fábrica de esta iglesia se costeó con el botín cogido a los moros cuando la ciudad fué conquistada definitivamente. La sillería del coro, con numerosos siales, es obra de un maestro alemán, que representó en las tallas múltiples episodios de la toma de la ciudad y fortaleza de Granada, tan propiamente y tan al vivo, que al verla se cree tener ante los ojos el espectáculo de aquella guerra. La torre es elevadísima y de hermosura incomparable; desde su altura contemplamos la ciudad y vimos una campana que pesa cuatrocientos centenarios de los nuestros.

»Dedica esta iglesia a su conservación ocho mil ducados anuales, con los que se atiende a restaurar lo que requiere arreglo y a hacer de nuevo lo que se necesita. La sacristía es quizá mayor que la de Guadalupe y acaso también más primorosa. Entré a verla con el claro varón Alfonso Ortiz, canónigo de la catedral, jurisconsulto y consumado poeta, cuyo gran saber se reflejaba bien en sus palabras. Entré, primeramente, en el amplio Sagrario, decorado con tan perfectas pinturas, que me parecía entrar en la Capilla Sixtina y después me enseñaron las alhajas que se guardan en los arcones.

»Primer arcón.—Contiene más de cien imágenes, cálices, cruces, vasos, bustos, todo de oro y plata y gran cantidad de reliquias.

»Segundo arcón.—Una valiosísima cruz guarnecida de perlas y piedras preciosas, con un gran trozo de lignum crucis; una Biblia en tres volúmenes, escrita en pergamino virgen, sutilmente bruñido; cada hoja tiene dos columnas; en ellas pónese primeramente el texto, debajo el comentario y al lado de cada una de estas columnas van las pinturas, en oro y azul, representando los asuntos. Juzgo que no hay en el mundo otra Biblia igual. Está ricamente encuadernada en tela de seda con pedrería y perlas. En el mismo arcón custodiase un cuadro de plata con muchos y pequeños senos, cada uno de los cuales contiene una reliquia.

»Tercer arcón.—Cinco mitras, una de ellas suntuosísima, con perlas y piedras preciosas, regalada por el cardenal arzobispo, a quien le costó veinticinco mil ducados; dos portapaces de gran tamaño y otras alhajas. Me dijeron que lo contenido en este arcón vale más de cien mil ducados.

»Cuarto arcón.—En él se guarda la mejor custodia de plata que he visto en mi vida, cuyo peso es de ochocientos marcos; hay además báculos y algunas cruces de concha con incrustaciones de oro.

»Quinto arcón.—Una cruz de oro que pesa ciento cincuenta marcos, incensarios y candelabros de plata.

»Me enseñaron luego otros cinco arcones de a siete cajones y en cada uno de ellos un juego completo de vestiduras, a saber: capa, casulla, dalmáticas, estolas, albas, etc. Cada fiesta mayor, como las de Pascua de Resurrección y Pentecostés, Epifanía, Natividad del Señor, Trinidad, etc., así como las de la Virgen, tiene sus ropas propias, todas bordadas en oro, plata, perlas y piedras de valor inestimable; pero como había muerto el cardenal, los canónigos estaban muy apesadumbrados y así dejaron de enseñarnos multitud de cosas.

»La iglesia toledana es fabulosamente rica; por eso hay un proverbio popular que refiriéndose a las catedrales de España, dice: Toledo

en riqueza, Sevilla en grandeza, Santiago en fortaleza y León en sutileza.

»Además del citado tesoro, guardado con sólidas cerraduras, hay otra sacristía en donde están los ornamentos para las fiestas simples, para las de Apóstoles y confesores y para el servicio de diario.

»En la iglesia catedral sirven cuarenta canónigos, cuyo estipendio es de trescientos ducados anuales; cincuenta racioneros, a ciento y varios capellanes encargados del culto de las reales capillas, a cuarenta. Entre capellanes y dignidades, son unos trece. El arcediano tiene cuatro mil ducados.

»Los reyes don Fernando y doña Isabel han mandado construir el Monasterio de San Juan, que es de piedra de sillería, con verdadera magnificencia. En la iglesia —que excepto el coro, está ya terminada— se ven los escudos y empresas de los monarcas, la efigie de su patrono San Juan Bautista y otras imágenes de santos. De los muros exteriores del templo penden cadenas y grillos de los cautivos cristianos de Granada, puestos allí en memoria suya y en la de sus libertadores y son tantos, que no bastarían dos carros para llenarlos. Me dijo el arquitecto de la obra que ésta vendrá a costar unos doscientos mil ducados. Los frailes del monasterio son de la Orden de San Francisco; guardan la regla con estrecha rigidez y hacen vida ejemplar. Allí encontré al general de la Orden, que el año 1490 estuvo en Nuremberga, hombre doctísimo, muy querido de los reyes, con el cual conversé largamente.

»El Monasterio de la Santísima Trinidad, es de frailes de la Merced, que llevan hábito blanco, un pequeño escudo en el pecho con una cruz azul y debajo de ella las armas del rey de Aragón. Su regla es la de San Agustín y la Orden fué fundada para la redención de cristianos cautivados por los infieles. Recogida la limosna, pasan a Africa, trayendo a veces treinta y cuatro, cuarenta o cincuenta rescatados. La iglesia del monasterio es una antigua mezquita de los moros y en esta casa se tradujo la *Ética* de Aristóteles, con los comentarios de Averroes, según se declara al final de la traducción.

»El Monasterio de San Agustín hállase en el extremo occidental de la ciudad y fué antiguamente una sólida fortaleza de los moros, como se ve por sus cimientos, estancias y subterráneos. Los frailes que antes hubo en la casa fueron prevaricadores y su conducta liviana y licenciosa originó la ruina del monasterio, por lo cual el rey determinó de expulsarlos y poner en su lugar otros monjes de mayor observancia. El prior, varón doctísimo a la par que devoto, a quien se debe la reforma, tuvo conmigo larga plática. El exterior del edificio es muy decoroso.

»En sus inmediaciones hay un extenso campo, llamado el campo santo, en donde hace mucho tiempo sucumbieron a manos de los moros veinticinco mil cristianos, cuando estaban celebrando la festividad del Domingo de Ramos. Cuentan que los judíos, que eran numerosísimos en Toledo, introdujeron ocultamente por cierta torre a los sarracenos, quienes irrumpieron de súbito en la ciudad, se la tomaron a los cristianos, haciendo en ellos terrible carnicería. La citada torre está ya destruída y arrasada.

»Tiene Toledo otros muchos monasterios; uno de ellos ha sido hasta hace poco de benedictinos, pero el rey los expulsó y puso monjas de Santa Clara, que eran cincuenta cuando visitamos la ciudad, todas

pertenecientes a los más nobles linajes de Castilla. El general de los franciscanos, a quien antes mencioné, me dijo que por disposición del rey, estaban ya seis monasterios toledanos bajo su obediencia, dos de varones y cuatro de mujeres.

«La gente de Toledo es por extremo cortesana y hay en la ciudad tal número de clérigos, que causa asombro, en verdad.»

En la interesante exposición de Münzer, se confirma la existencia de la célebre campana de Toledo posiblemente construída por Antonio de Alcover, Alixandre Carreño y Antonio de Madrid, que en nuestro estudio sobre las joyas del cardenal Mendoza supusimos anterior a la actual, refundida en el siglo XVIII por Alejandro Gargollo.

También podemos identificar una preciosa cruz flordelisada del arzobispo Don Juan IV infante de Aragón, obra de Polín Pérez de Santa Cruz en 1320, que no se registra en el inventario del cardenal Lorenzana; la espléndida Biblia moralizada de San Luis; un relicario compuesto de «una tabla grande cubierta de plata sobreedorada con veinte y ocho divisiones quadradas, cubiertas con viriles», del que nos ocupamos en nuestro trabajo acerca de los lignum crucis capitulares; la opulenta mitra del tercer rey de España, que irisada por ocho mil ochocientas sesenta perlas, tres onzas y tres ochavas de aljófar y noventa y cuatro esmeraldas, topacios y zafiros, llegamos a considerarla casi fabulosa cuando la descubrimos en el inventario del arcediano Bartolomé Medina; la custodia que debió ser digno precedente de la creada por Enrique de Arfe, cuando dice Münzer es la mejor que ha visto en su vida y entre tantas magnificencias, el saber de Alonso Ortiz, corrector del Misal mozárabe, y el arte de Juan Guas, que hace constar como su mayor gloria la de «que fizo San Juan de los Reyes», en la inscripción funeraria de San Justo, mientras el pueblo, definiendo las catedrales hispanas, como Sancta Ovetensis, Pulchra Leonina y Fortis Salmantina, señala al templo primado con el título de Dives Toletana.

«Yo, Antonio de Lalaing, señor de Montigny (1), hijo de sire Josse de Lalaing, caballero, de honorable recordación y memoria, he, por el amor de mi señor natural, Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano, primero de este nombre y de Maria de Borgoña, hija del muy renombrado duque Carlos, recordado por escrito, en lo que me ha

(1) GACHARD, *Colección de los viajes de los soberanos de los Países Bajos*. Bruselas F. Havez, 1876. Tomo I.

sido posible, lo que ocurrió en los dos viajes que él hizo, el uno por tierra y el otro por mar, para ir a España a recoger las tierras, reinos y posesiones que les correspondían por la muerte del hermano y la madre de su mujer y esposa, Juana, hija del nobilísimo y virtuoso rey Fernando de España y de Isabel, su prudentísima y animosa compañera y esposa.»

Así se expresa el chambelán del archiduque en el comienzo de su relato, hecho durante la primera visita de 1501 acompañando a Felipe el Hermoso, para ser uno de los exponentes más destacados de la vida de nuestro país en el siglo XVI

«El sábado siete de mayo» de 1502, «marchó el archiduque, con su esposa, de Ollas, acompañado del condestable, del duque de Alburquerque y del comendador mayor, y de varios otros nobles del país, para hacer su entrada en Toledo. Y, al salir del pueblo, los halconeros del rey, en número de doce, vestidos de verde con una manga gris, se presentaron a monseñor; después, a una legua de la ciudad, los de la capilla del rey, en número de ciento veinte, hicieron lo mismo. Y, a una legua corta de la ciudad, vinieron el alcalde, con los magistrados y varios burgueses vestidos con trajes rojos, a la manera del país, con jubones de seda carmesí, cada uno con la cadena de oro al cuello. Aproximándose a monseñor, se arrodillaron y besaron las manos del archiduque, y después de su señora; y, a menos de un cuarto de legua de la ciudad, dos obispos y los canónigos, con otras gentes de iglesia, hicieron la reverencia a monseñor y a su señora. Y a media legua vino el rey, llevando a la derecha al embajador del rey de Francia, y, a su izquierda, al embajador de Venecia. Con ellos estaba el cardenal Mendoza y otros varios grandes señores del país. Sus trompetas y tamboriles, precediéndoles, sonaban, y sus reyes de armas no faltaban, ni cinco mil a seis mil hombres a caballo, vestidos a la moda del país.

»Tan pronto como el archiduque vió al rey, echó pie a tierra; el rey le ordenó que no seguiría adelante si no volvía a montar; lo que hizo, no sin la orden real. Entonces, todos los chambelanes y grandes señores que marchaban delante del caballo de monseñor, desmontaron y fueron con gran reverencia a besar la mano del rey. Después, monseñor marchó a caballo y la fué también a besar, lo que el rey difería, teniendo siempre, lo mismo que el archiduque, el gorro en la mano del rey su padre. Después, el rey y monseñor caminaron juntos, y la archiduquesa detrás, y después de ella el cardenal, y después los dos embajadores.

»En la puerta de la ciudad, los burgueses cubrieron a los tres con un palio de paño de oro, ostentando las armas de España y del archiduque, bajo el cual monseñor cabalgaba a la derecha del rey, y la archiduquesa a la izquierda. Las calles estaban por toda la ciudad tendidas, y varias bellas damas se mostraban en las ventanas. Y, cuando el archiduque hubo descendido ante el altar mayor de la catedral, el obispo y todos los canónigos, ricamente vestidos, le fueron a saludar. Cantaron allí el *Tedéum* y tocaron los órganos. Los dos mayordomos del archiduque fueron delante; después, todos los caballeros

de su casa, y después, los chambelanes, y todos fueron a esperar a monseñor en el patio. El señor de Berghes y el caballero mayor fueron los únicos que se quedaron con el archiduque, y el obispo de Melun con la archiduquesa.

»Los archiduques se apearon en el patio con el rey, donde se alojaron todos juntos, y encontraron a la reina en un salón, sentada sobre una silla; con la que estaban la hija bastarda del rey, la marquesa de Moya y otras varias damas y damiselas, vestidas de terciopelo carmesí, algunas adornadas con pieles de armiño y otras con otras pieles, bien alhajadas con cadenas y otras ricas sortijas. Todos los caballeros, chambelanes y grandes mayordomos de la casa del archiduque besaron la mano de la reina, sentada sobre la silla; y tan pronto como vió venir a monseñor, se levantó y anduvo una parte del salón, saliendo a su encuentro. Viendo aquello monseñor, se adelantó y le besó su mano, lo que ella no quería consentir; después le hizo la archiduquesa igual reverencia, y la reina le besó y abrazó. Hechas y realizadas todas las saluciones, el rey tomó a monseñor, y la reina tomó a su hija, y se fueron para hablar juntos en una gran habitación. Luego condujeron a monseñor y a su esposa el rey y la reina hasta sus habitaciones. Hecho esto, monseñor fué a su cuarto, y su mujer al suyo, cenando cada uno de ellos aparte. La casa donde se alojaron es del marqués de Moya. Las habitaciones del archiduque y de la archiduquesa y dos o tres más estaban tapizadas de paños de oro, ricamente bordados, la mayor parte de los cuales son de dicho marqués y los otros de la reina.

»El domingo, 8 de Mayo, los archiduques oyeron la misa con el rey y la reina, en la que cantaron de setenta a ochenta cantores del rey. Después comieron los cuatro reunidos, y había un gran aparador de seis estantes de alto, todos ellos cargados de vajillas de plata dorada, entre los cuales había dos jarros de plata de cuatro o cinco pies de altura, tan bien trabajados y dorados como no es posible más. Monseñor fué servido únicamente por españoles. El marqués de Villena servía al rey, y el comendador mayor al archiduque. Después de la comida, los archiduques acompañaron al rey y a la reina hasta sus habitaciones; después, el archiduque y su mujer, cada uno regresó a su cuarto. Este día, el marqués de Villena hizo presentar a monseñor una avestruz domesticada.

»No hablo de los vestidos del rey y la reina, porque no llevan más que paños de lana. Y el archiduque llevaba un traje de seda violeta brochada y su esposa un traje de terciopelo violeta, adornado con paño de oro. Al día siguiente, monseñor vestía de seda negra, llena de pieles de marta, y su mujer un traje de paño de oro, adornado con seda carmesí.

»Como Salomón dice en el XIV de sus Proverbios, el luto ocupa las extremidades de la alegría; porque, dicho día, un poco antes de cenar, un correo trajo noticias de la muerte del príncipe de Gales, lo que el archiduque sabía seis días antes; pero se lo callaron a la reina, a la que se lo dijeron entonces. Por lo cual el rey y la reina llevaron el luto, sin salir de sus habitaciones, durante el espacio de nueve días; y monseñor y su esposa llevaron también el luto; los príncipes y caballeros de la Orden del Toisón, también.

»El lunes y martes, el archiduque no salió de su alojamiento.

»El miércoles comió a media legua de Toledo, en un jardín perte-

reciente al rey, lleno de naranjos, de granados y otros árboles fructuosos; y, como no llueve apenas en esa región, ruedas, como de molinos, riegan el jardín por conducciones.

»El jueves, 12 de Mayo, el rey y el archiduque, el cardenal y todos los príncipes y los caballeros del Toisón estuvieron, vestidos de luto, en las vigiliass y funeral del príncipe de Gales, cantados en un monasterio de San Francisco, fundado por el rey y la reina, y llamado dicho monasterio San Juan de los Reyes, en cuyo coro había a cada lado treinta bustos armados con las armas del príncipe difunto. El catafalco tenía cuatro escalones de alto, todo cubierto de paño negro, y en toda su altura estaba cargado de luminarias. En los cuatro extremos había allí cuatro gruesos cirios. Debajo del catafalco estaba la representación del príncipe, cubierta de terciopelo negro, con una cruz de damasco blanco. Los ornamentos del altar eran de terciopelo negro, y la cruz, de seda carmesí.

»El viernes hicieron el funeral, en el que el rey y todos los anteriormente nombrados comparecieron.

»El sábado, el embajador de Venecia fué a saludar a monseñor, diciendo que los señores de Venecia habíanle encargado de ello, e hizo su discurso en latín, al cual dió respuesta el preboste de Arras. Por la tarde, un embajador del rey de Portugal presentó cartas al archiduque y a su esposa, que fueron a oír las vísperas con el rey y la reina.

»El domingo, 15 de Mayo, día de Pentecostés, el rey, la reina, el archiduque y su esposa fueron a oír misa juntos, la cual celebró el obispo de Calahorra. El altar estaba muy ricamente adornado, y los ornamentos eran buenos. Los cantores del rey cantaron una parte de la misa, y los cantores del archiduque la otra parte, con cuyos cantores de monseñor tocaba la corneta el maestro Agustín; lo que hacía era bueno de oír, con los cantores. El rey y monseñor acudieron a ofrecer juntos, y la reina y la archiduquesa juntas; y, en el momento de la adoración, el rey y la reina adoraron juntos, y los archiduques juntos. Después volvieron como habían ido. Monseñor, después de la misa, acompañó al rey y a la reina a sus habitaciones, y después fué a comer a la suya.

»El lunes oyó el archiduque misa y vísperas en su habitación, y no salió en todo el día de su alojamiento.

»El martes tuvieron el rey y la reina noticias de la muerte de don Enrique de Aragón, tío del rey; por lo cual llevaron cinco o seis días de luto.

»Miércoles, jueves, viernes y sábado, estuvo el archiduque en su alojamiento.

»El domingo, 22 del mes de Mayo, el rey, la reina, el archiduque y su esposa, fueron a oír la misa que cantó el arzobispo de Toledo en la catedral, una de las más excelentes iglesias de España, acompañados de varios prelados y grandes señores del país y de todos los de la casa del archiduque. Los heraldos, delante, a pie, ostentaban solamente las armas del rey.

»Después de la misa, el rey y la reina fueron a sentarse delante del altar mayor, y el archiduque y su esposa un escalón más abajo. Allí leyó un secretario todos los títulos, reinos tierras y señoríos pertenecientes a un príncipe de Castilla. Dichas estas palabras, hicieron jurar al archiduque como príncipe de Castilla, así como con los otros

príncipes sus predecesores habían hecho en sus recepciones. Después, el obispo de Córdoba y el obispo de Besançon, a causa de un obispado que el rey le había dado recientemente llamado Coria, y después todos los otros prelados y demás gentes de iglesia vinieron a besar las manos del archiduque y de su esposa en señal de acatamiento. Después, el duque de Alba y los otros duques, condes, príncipes y otros grandes señores del país hicieron lo mismo, y después hicieron los de las buenas ciudades, juramento de ser buenos y leales súbditos a mi dicho señor, su príncipe, y a sus sucesores. Hecho esto, el príncipe de Castilla fué a besar las manos del rey, y después de la reina, que lo consintieron violentados; después fué la princesa de Castilla a besar también las manos del rey y de la reina, que ambos la besaron en la boca.

»Terminada la recepción, comieron en el palacio del arzobispado de Toledo. El rey comió allí aparte, y la reina aparte, y el archiduque y la archiduquesa hicieron lo mismo. En la comida de monseñor, ya entonces príncipe de Castilla, lucía espléndido su hermoso aparador. Los cuatro mayordomos servían descubiertos.

»Después de comer, el arzobispo cumplió su deber de obediencia con monseñor, como los demás ya nombrados habían hecho por la mañana. Después se retiró el archiduque a su habitación; y, cuando llegó la hora de cenar, el rey y la reina, el príncipe de Castilla y la princesa, cenaron en el castillo de la ciudad, el cual es magnífico. Allí dió el rey la cena como es costumbre en casos tales, y cenaron ellos cuatro en una mesa; en otras cuatro mesas comían damas y damiselas, señoras y caballeros.

»Vi en ese lugar a una de las más bellas muchachas de la ciudad atender a tres de esos caballeros que, en esa cena, que duró de dos a tres horas, eran sus servidores. Habló lo menos hora y media con el uno que estuvo de rodillas, descubierto, todo ese tiempo; al segundo, un cuarto de hora, y al tercero, una buena hora. Hablaba al uno, lanzaba miradas al otro y tenía su mano sobre el hombre del tercero. Así les satisfizo a los tres; porque, a causa de que no las ven a menudo, se muestran muy contentos al ver las damas de que están enamorados, como en otros países al hablar con ellas. Uno de nuestros caballeros le preguntó, después de la cena, cómo podía tratar de aquel modo a aquellos caballeros que tanto la querían. Ella respondió: Hacemos nuestro gusto, en tanto estamos para casarnos, tratándolos de ese modo, pues, cuando estamos casadas, nos encierran en una habitación y en un castillo. De ese modo se vengan del buen tiempo en que hemos estado solteras.

»Esa cena estaba ennoblecida con cinco aparadores. Uno, perteneciente al rey, contenía de ochocientas a novecientas piezas de vajillas, tanto de plata dorada como de las otras. El segundo, poseído por el duque de Alba, tenía setecientas piezas de vajillas, tan de oro que había seis grandes tazas de oro. El tercero era del duque de Béjar, adornado con setecientas piezas de vajillas. El conde de Benalcázar había decorado el cuarto aparador con seiscientas a setecientas piezas de vajillas, y el conde de Oropesa había puesto el quinto con setecientas piezas de vajilla. Cuando servían, iban a buscar la vajilla de cocina a esos aparadores; y, después de haber hecho el servicio, las volvían a traer para hacer mayor ostentación. Esos aparadores, que estaban a la entrada de la sala, podían verlos todos los que estaban sentados en las mesas.

» Terminada la cena, las trompetas y otros instrumentos que habían sonado a lo largo de la cena, reanudaron su melodía. Después, el príncipe acompañó al rey y a la reina a sus habitaciones, y se retiró a la suya, y aquella noche durmieron en el castillo; porque es costumbre que un príncipe de Castilla, recién recibido, duerma allí.

» Los vestidos, ese día, del rey y de la reina eran de paño de lana. El traje del príncipe, con cola, era de seda brochada, adornada con seda carmesí, y lucía en su gorro un penacho de rubí de una sola pieza, que fué estimada y muy apreciada. La princesa, ataviada a la moda de España, iba vestida de terciopelo carmesí, y llevaba encima varias pedrerías y otras buenas sortijas. Las damas de la reina, cargadas de cadenas y de pedrería, iban vestidas de terciopelo carmesí; y las de la princesa, de terciopelo carmesí, con adornos de seda amarilla.

» Al día siguiente, 23, el rey y la reina, y el príncipe y la princesa de Castilla, comieron en dicho castillo, cada uno aparte, y volvieron a cenar a sus alojamientos.

» El 24, monseñor fué a comer fuera de la ciudad, a un pueblo muy bonito.

» El miércoles, 25, los archiducos fueron, con el rey y la reina, a oír vísperas en la catedral; y el rey y la reina durmieron en casa del arzobispo, y fueron a oír misa a la iglesia mayor. Llevaron el Santísimo Sacramento, muy reverentemente, en unas andas de plata de cinco a seis pies de altas, en forma de custodia, y cubierta con un palió de paño de oro carmesí; y lo acompañaron el rey monseñor y el cardenal por toda la ciudad. Ese día era la procesión de la ciudad, por lo cual hicieron varias representaciones y varios misterios, según la costumbre del país. Y vuelto a la iglesia el Santísimo Sacramento, muy precioso e inapreciable, el rey y la reina, el príncipe y la princesa, volvieron a comer en casa del arzobispo, cada uno aparte. Por la noche, los archiducos cenaron en su alojamiento.

» Al día siguiente, fué monseñor a ver la tesorería de la iglesia de Nuestra Señora. El sitio es hermosísimo y enriquecido por veinticuatro piezas de relicarios. Hay allí una gran cruz de oro, de un pie y medio de alta, conteniendo un trozo de la cruz, ennoblecido por haber colgado de ella a Nuestro Redentor, guarnecida a su alrededor por ocho o diez buenos camafeos. Y hay otra cruz conteniendo la cruz de San Andrés. Hay también una pequeña carta en pergamino, sellada por el rey San Luis de Francia, con un sello que es de oro, asegurando que envía allí estas reliquias: que son una espina de la corona de Nuestro Señor, un trozo del paño con que secó los pies a sus apóstoles y varias otras piezas. Hay también allí un caldero de plata dorada, de dos o tres pies de alto por dos pies de ancho, lleno de reliquias, y otro caldero guarnecido de oro, de perlas y de pedrerías, conteniendo un gran trozo de la verdadera cruz, y tres volúmenes en vitela, cubiertos de paño de oro carmesí, en los que toda la Biblia está ricamente escrita e historiada. Hay allí un leño, de tres o cuatro pies de largo, que un marrano tomó en su mano para quemar todo; pero arrimado al fuego, no ardió; por lo cual lo sacó del fuego y lo partió, y halló dentro la imagen de Jesús crucificado: y, por dondequiera que lo partía hallaba lo mismo. La justicia, advertida de eso, tomó a ese falso cristiano y, por ese caso y por otros, fué quemado, y el leño

llevado a la iglesia; y en el tesoro está guardado, en recordación del milagro.

»Después le fué enseñada a monseñor una mitra guarnecida de gruesas perlas y de varias buenas piedras, como brillantes, zafiros, esmeraldas, y un cáliz de oro todo él guarnecido de perlas y piedras preciosas, y un anillo pontifical magnificado por una gran rosa de diamantes. Todas estas cosas, que había dado el cardenal de Mendoza, último arzobispo de Toledo fallecido, enterrado en la catedral, estaban estimadas en sesenta mil ducados.

»Después fueron enseñadas de cincuenta a sesenta capas y casullas, las más guarnecidas de perlas y piedras preciosas, las otras de bordados. Y dicen que no hay en toda España iglesia tan bien provista. Después, le enseñaron una cruz de plata, de ocho o nueve pies de larga, minuciosamente trabajada, que pesaba, según dicen, más de doscientos marcos.

»El domingo, 29 de Mayo, el archiduque y su esposa fueron al palacio de un caballero de la ciudad, que, en su casa, muy bien adornada de tapices y vajillas, los obsequió muy bien, a la moda del país.

»El lunes, oyó monseñor misa, y comió en un hermosísimo monasterio de San Jerónimo, situado a media legua cerca de Toledo, sobre un monte; donde habitan multitud de religiosos.

»El miércoles, primer día de Junio de 1502, falleció Antonio de Vaulx, mariscal de alojamientos de monseñor. Todos los caballeros fueron a su entierro, y monseñor no se movió ese día de su alojamiento.

»El jueves, comió monseñor en el jardín del rey, y fueron cantadas las vigiliás del difunto.

»El viernes, hicieron su funeral, en el que estuvieron el señor de Berghes, el marqués, el obispo de Cambrai y todos los caballeros de la casa de monseñor.

»Ese mismo día, falleció Saint-Moris, uno de los escuderos de las escuderías, y, como antes, fueron a su entierro todos los caballeros, y monseñor no salió de su alojamiento.

»El domingo, 5 del mes, el condestable de España casó con doña Juana de Aragón, hija bastarda del rey, de edad de treinta y ocho a cuarenta años, con la que había prometido tres o cuatro años antes, y tuvo hijo en ese trato; es su costumbre, como he dicho al hablar de Bayona. Esta fué, en su juventud, estimada como la muchacha más hermosa de España. A la cual monseñor llevó a desposar a la misa del rey y de la reina. Y el condestable comió con mi dicho señor. A la hora de la comida, monseñor y el cardenal, primo hermano del condestable, llevaron a la dama al palacio de aquel condestable, donde presentaron a monseñor vino y especies, sin ninguna otra cosa más. Y volvió a cenar a su alojamiento, y el señor y la dama de las nupcias comieron juntos, y con ellos una parte de las damiselas de la reina y de la princesa. Después de comer, se hicieron las danzas.

»El lunes, visitó monseñor el alojamiento del conde de Fuensalida, donde estaba la condesa, hermosa y honesta dama, donde monseñor jugó a la pelota. Y después, el conde le presentó vino y especies, según la costumbre.

»El martes, fué monseñor otra vez a jugar a la pelota.

»El jueves, el duque de Nájera vino a hacer la reverencia a monse-

ñor que, el sábado oyó misa con el rey y la reina. Este día, llegó su correo con la noticia de que la reina de Portugal había dado a luz un hijo. Este día era el de San Bernabé.

»El lunes, 13 de Junio, se hicieron las justas reales en el gran mercado de Toledo, presentes el rey, la reina, monseñor y su esposa, y todas sus damas, habiendo allí dieciséis justadores muy lujosamente vestidos, sin paños de seda, entre los cuales el bastardo de Cleves, gentilhombre de la casa de monseñor, cumplió bien su deber, y se quebraron muchas lanzas. Don Diego de Coyve ganó allí el premio. Su costumbre es que un caballero yendo a las justas lleve siempre una docena de lazos, o más, con sus colores, que, al volver de las justas, si su dueño ha quebrado alguna lanza, llevan los trozos, y los otros llevan bastos. Y los justadores, que corrieron todo el día, van durante toda la noche por la ciudad, y pasan por delante de sus damas, que están en las ventanas. Y hacen eso, a fin de que ellas los vean, porque es imposible hablarles: porque la mayor parte del tiempo están encerradas en sus habitaciones y no las ven, salvo si el rey y la reina no hacen alguna fiesta: esto puede ocurrir únicamente dos o tres veces al año. Y sus lacayos gritan por la ciudad: ¡He aquí un tal que ha quebrado tantas lanzas!, y van dichos justadores armados como estaban en la justa, salvo el tocado de la cabeza, que un lacayo lleva delante.

»El miércoles, comió monseñor en el dicho monasterio de San Jerónimo.

»El jueves, 16 de dicho mes, el rey llevó al príncipe al campo, y le mostró su manera de cazar pájaros. El rey tiene la costumbre de ir dos veces a la semana al campo, y, desde por la mañana, que monta a caballo, no vuelve hasta la noche, haga el tiempo que haga, y no cesa de hacer volar sus aves de cetrería. Y, si el tiempo no es muy malo, hay ciento veinte halconeros, y cada uno lleva un halcón, de los cuales maneja él casi siempre la mayor parte. Y, llegado al campo, hace poner a cada uno en su sitio, lo más lejos que puede. Y encuentre lo que sea, milanos, garzas reales, perdices u otros pájaros, lanza contra ellos tres o cuatro de diversas especies, y hace volar a todos una vez, y no maneja ningún hombre esas aves, más que los halconeros. El rey y toda su gente no intervienen, aunque vean una cosa propicia.

»El domingo, 19 de Junio, algunos caballeros del rey justaron en el patio, y cumplieron muy bien su deber, quebrándose entonces de cinco a seis docenas de lanzas: Salazar y Juan de Alvarado quebraron la mayor parte.

»El martes, 21, monseñor fué a comer al monasterio de San Bernardo, que está situado sobre un monte, a una legua de Toledo, muy hermoso.

»El miércoles, monseñor no se movió de su alojamiento, pero le enseñaron dos cosas muy nuevas: la una fué un perro completamente negro, que no tenía ningún pelo, y alargaba su hocico según la forma de una negra; la otra, un papagayo verde, no más grande que un monito, hablando mejor de lo que es creíble.

»El jueves, el rey y la reina, el archiduque y su esposa, oyeron visperas en los Franciscanos, y el rey y la reina durmieron allí aquella noche.

»El viernes, día de la Natividad de San Juan Bautista, el rey y el

archiduque, acompañados de varios grandes señores y caballeros, encontráronse desde muy temprano a un cuarto de legua fuera de Toledo. El archiduque y el almirante, y los caballeros mayores del rey y de monseñor, iban vestidos a la morisca, muy lujosamente. Llevaban albornoces de terciopelo carmesí y de terciopelo azul, todos bordados a la morisca. La parte baja de sus mangas, era de seda carmesí, y además de eso, grandes cimitarras, y también capas rojas, y sobre sus cabezas llevaban turbantes. Llegados aquéllos al lugar, el duque de Béjar, con cerca de cuatrocientos jinetes, todos vestidos a la morisca, salieron de su emboscada, con banderas desplegadas, y vinieron a hacer la escaramuza a donde estaban el rey y el archiduque, lanzando sus lanzas a la moda de Castilla. Y dijo el rey a monseñor que de esta manera hacen los moros escaramuzas contra los cristianos. Y de allí el rey y el archiduque, y con ellos los grandes señores, se retiraron bajo un árbol cerca del río, donde se había puesto un catafalco, y al pie de éste una enramada. Sobre aquel catafalco habían hecho cuatro fuentes, dos de las cuales por diversos caños echaban vino, y las otras dos agua. Los que estaban sobre el catafalco daban diversas frutas, para almorzar, a aquellos que las pedían. Eso se hace antes del calor, según costumbre antigua, por los de Toledo, en recuerdo de que en tal día fué la ciudad ganada y reconquistada a los moros. Después de eso, el rey y monseñor, acompañados de mil ochocientos a dos mil jinetes, regresaron a Toledo yendo a desmontar en el palacio del comendador mayor. Desde allí marcharon a pie hasta los observantes, donde encontraron a la reina y a la princesa en la puerta de la iglesia, esperándolos allí, en donde oyeron misa, después de la cual cada uno se retiró a su alojamiento. Dicho día, por la noche, a la luz de las antorchas, algunos caballeros, para complacer a las damas, corrieron unas cañas, y volvieron a hacer lo mismo al día siguiente.

»El lunes, 27 de Junio, el archiduque oyó misa en la catedral, fundada por San Isidoro, en otro tiempo arzobispo de Toledo. Esa misma, que diariamente es cantada a las seis de la mañana, es muy larga y llena de ceremonias y de oraciones muy distintas a las nuestras: no hay kirie eleyson, pero el preboste, sin volverse, dice al altar: *Per omnia saecula saeculorum*, y después: *Dominus vobiscum*; los sacerdotes responden: *Et cum spiritu tuo*. Entonces comienza el preboste: *Gloria in excelsis Deo!*, acabado lo cual, uno de los cantores canta una epístola; después canta el preboste tres o cuatro oraciones, a manera de prefacio, y, después de varias respuestas, y cantado el gradual cantado, cantan otra epístola. E inmediatamente después cantan el evangelio, y después *alleluia*, y un largo tracto, y entonces besa el preboste el portapaz, la cual llevan por la iglesia, mientras los cantores cantan: *Pacem meam do vobis, pacem relinquo vobis*. Después canta el preboste varias oraciones, que duran lo menos un cuarto de hora, y, muchas de las respuestas cantadas, lava sus manos, y, sin volverse, canta el prefacio. Con un tono muy extraño, el cual es muy largo. Y, hecha la elevación, el preboste inmediatamente canta: *Pater noster*, y, a cada cláusula, los chantres responden. Después parte la hostia en nueve trozos, y entonces canta: *Per omnia saecula saeculorum*, y los chantres responden: *Amen*. Después dice el preboste: *Dominus sit semper vobiscum*, e inmediatamente comienza: *Credo in unum Deum*,



en vez de agnus Dei. Después, las oraciones y respuestas duran un cuarto de hora, y después llevan al lugar acostumbrado el libro, y sin él volverse, canta el preboste tres o cuatro oraciones. Por fin el diácono canta, sin volverse: *Gratias Dei omnipotentis*. De este modo acaba la misa.

»En esta iglesia están algunos diputados comprometidos para proporcionar el pan y el vino necesarios para las misas que en ella se celebran diariamente, y entregan también cálices, libros y otros ornamentos que se necesitan. Al hacer eso, los dichos diputados preguntan, cuál es el sacerdote que quiere celebrar, y por qué y cómo. Esas son las misas ordinarias, y las apuntan en un pequeño registro que consigo llevan. Si se trata de un extranjero, registran el nombre del sacerdote, el día, y el nombre de aquel que hace celebrar; y, se pida lo que se pida, puesto que es para decir misa, nada es negado.

»Esa ordenación fué hecha para las misas fundadas en esa iglesia en gran número, a fin de que se sepa si se dice o no; porque los sucesores de los fundadores pueden, si quieren, examinar dichos registros, para saber si se han dicho tantas misas como sus antecesores ordenaron; de ese modo para los extranjeros que dan dinero, diciendo: Decidme una misa, y el sacerdote la dirá por otro. Y por ese registro ven si las misas corrientes, y las otras no fundadas que algunos hacen decir por devoción, son celebradas.

»Esta iglesia es una de las hermosas iglesias de España, y el arzobispo es el mejor, respecto del beneficio temporal del país; pues vale al arzobispo de renta cuarenta mil ducados, y a los canónigos, que son en número de setenta, otros cuarenta mil ducados, que se distribuyen a cada uno, según su grado y su oficio.

»El miércoles, corrieron los caballeros las cañas delante de las damas.

»El jueves, último día de Junio, monseñor comió en el monasterio de San Bernardo, y volvió a cenar a su alojamiento.

»El domingo, 3 de Julio, para pasatiempo, tres castellanos, llevando en sus escudos la cruz de San Andrés y la cinta azul con el lema de monseñor en alto: Quién querrá, se encontraron cerca del palacio, en las lizas hechas de madera, y justaron por trecientos pares de guantes de Ocaña, y, las dos primeras carreras, los de fuera quebraron sus lanzas y la tela colgante de las lizas; y, las dos carreras siguientes, perdieron sus lanzas, cayendo a tierra, cuidando de sujetarlos; y, finalmente, perdieron dichos guantes, que fueron distribuidos a las damas y a otros.

»El martes, 4 de Julio, el rey, la reina, el archiduque y su mujer, comieron en el monasterio de San Bernardo, donde el rey y la reina pasaron aquella noche, y monseñor y su esposa volvieron a Toledo.

»En ese tiempo, partió el mayordomo del rey francés, llamado Courcol, embajador, como antes he dicho. También lo hizo el escudero de la caballeriza de monseñor de Ligny, que había venido por algunas tierras pertenecientes a dicho señor de Ligny, la mitad de las cuales el rey de España tenía en el reino de Nápoles.

»El jueves, 7 de Julio, dió el archiduque de comer, en forma de banquete, al rey y a la reina y a la princesa, en una sala adornada con su buena tapicería, unida a la de la cámara del rey, donde, sentados como en los otros banquetes, fueron muy bien servidos a la moda de

nuestro país. De lo cual el rey y la reina y sus grandes señores asistientes hicieron gran estimación, porque todo lo que se hace sin ruido no melesta: es lo que ellos no saben hacer. El conde palatino fué copero del rey; monseñor de Berghes, de la reina; monseñor de Ville, del archiduque, y monseñor de Melun, de la princesa; monseñor de Ysselsstein, sirvió el pan al rey; monseñor de Veyre, a la reina; y servía el almirante de jefe de comedor para el rey, y don Diego de Guevara para la reina. Y llevaban las viandas todos los chambelanes del archiduque y gentileshombres, y se había dispuesto el aparador de monseñor, muy ricamente adornado, del que los castellanos hicieron, no sin gran admiración, gran estimación.

»El sábado, 9 de Julio, fué colgado, en el mercado de Toledo, por ladrón, un hombre de veintidós años, y fué lastimosamente estrangulado: porque colgó en el aire una media hora antes de que muriese. Y las gentes, cuando estuvo muerto, iban con grandes prisas a besar sus pies, y ponían cruces de paja y de madera en sus zapatos. Y al día siguiente fué descolgado y enterrado.

»Apenas si hacen colgar en España; pero atan a los malhechores merecedores de la muerte a un poste y les ponen una marca de papel blanco en el sitio del corazón. Luego la justicia ordena a los mejores ballesteros que se encuentran, disparen sobre ellos, mientras no haya muerto; y, si el malhechor sabe que algún amigo suyo es un buen ballesterero, requiere a la justicia para que le haga tirar, a fin de morir antes. Y, de no hacerlos morir de ese modo, los tienden sobre el suelo, y les ponen la cabeza sobre un bloque, y se la cortan con un hacha. No tienen costumbre de hacérsela cortar con una espada.

»El lunes, 11 de Julio, el archiduque, hallándose un poco débil y delicado, por los grandes calores y los vapores pestilentes de la ciudad, fué, para cambiar de aire, a jugar con algunos de sus grandes señores a un castillo y pueblo llamado Guadamur, plaza agradable y fresca, a causa de las aguas y cisternas que allí abundan, y está a dos largas leguas de Toledo; donde el conde de Fuensalida, señor del lugar, le recibió y obsequió muy bien, y, para pasar el tiempo, hubo corrida de toros.

»Ese día vino en embajada el presidente de Saboya, por el duque, su señor, con Aymecourt, escudero de la caballeriza de la duquesa de Saboya.

»El martes, volvió monseñor a Toledo.

»El miércoles, hizo dicha embajada la reverencia al archiduque, y desde allí al rey, a la reina y a la princesa.

»El domingo, 17 de Julio, corrieron en el palacio once o doce justadores castellanos el uno contra el otro, que lo hicieron bien, a su modo, tanto que algunos hombres y caballos fueron derribados.

»El lunes, después de la misa mayor, en la capilla en donde estaban sentados el archiduque y su esposa, acompañados de varios nobles y grandes señores, el duque de Nájera y su hijo, y otros dos grandes señores, hicieron juramento, como deben, a los archiduques, como al príncipe y princesa de Castilla. Notad que este duque de Nájera es a la vez llamado duque de Néges.

»El antes citado lunes, 18 de Julio, partió el rey de Toledo con su séquito, a la una después de nona, y dejó allí a la reina y a los archiduques, y marchó para Aragón, por algunos asuntos. El archiduque

y los infantes de Granada, el cardenal y los grandes señores le acompañaron hasta molinos cerca de la ciudad, y se despidieron del rey.

»El martes, 20, el conde de Benavente, venido a la corte el día anterior, cumplió su deber jurando al archiduque y a la princesa.

»El sábado, 23, el archiduque envió al señor de Berghes a su país, a su casa. Y marchó por la noche: con él, el señor Felipe el bastardo de Borgoña, monseñor de Cambray, Maximiliano de Berghes, sobrino de dicho señor de Berghes, Eustaquio de Hunbercout, señor de Wezemalle, monseñor de Vaultx, Jacobo de Cruninghes, Carlos de Ausnoy, llamado señor de San Simón, todos ellos caballeros de la casa del archiduque. Varios los acompañaron y alojaron en un pueblo llamado Ollías, a dos leguas de Toledo, hasta el martes siguiente, en tanto que le reina y la princesa mediaban cerca del archiduque para hacerlos volver, lo que no les fué concedido. Las causas porque fué me son desconocidas. Y, al salir de Ollías, la reina envió al señor de Cambray tres hermosas mulas, y al señor de Berghes tres hermosos caballos, y tres al bastardo de Borgoña.

»Partidos ellos, monseñor ordenó a Juan de Luxemburgo, señor de Ville, para desempeñar el cargo de gran chambelán, en la ausencia del conde de Nassau, que había quedado en Flandes, lugarteniente general de todos sus países, al cual dió dicho cargo, quitándoselo al dicho señor de Berghes. Y, en vez de monseñor de Cambray, que era jefe de su consejo, puso a monseñor de Besançon; y, en lugar del señor Felipe, que era el primer jefe de comedor, no designó, pero quiso que todos los jefes de comedor se fueran turnando en el puesto de primero, en tanto él proveyese.

»El domingo, 24, con la reina, fué a oír vísperas, en las que todos los caballeros de Santiago, que son de trescientos a cuatrocientos, ordenados para ir contra los infieles, iban vestidos completamente de blanco, con una espada roja unida a su capa, la cual no visten nunca, sino la víspera y el día de Santiago el Mayor. Y, por ocuparse el rey, y también la reina, de hacer la guerra contra los enemigos de nuestra fe, el papa consiente a dicho rey desempeñar el cargo de comendador mayor de Santiago, el cual vale al año sesenta y cuatro mil florines de oro; y este comendador mayor es quien da las comandancias, las cuales son varias, del valor de las cuales me callo para evitar prolijidad.

»Estos caballeros se pueden casar, y casados tener sus comandancias, y no pueden renunciar a ellas; y todos han de llevar siempre una espada roja, como una cruz, sujeta a su traje o sayal, o llevar una concha de oro en una espada esmaltada de rojo encima, colgando del cuello por una cadenita o cinta de seda. Y es preciso que recen cada día cierto número de padrenuestros, de doscientos a trescientos, y que los limiten según las horas del día, o por lo menos los digan una vez al día. Y, cuando el gran maestre dé la orden, para hacer la guerra a los moros, dondequiera que estén, es preciso que acudan o que envíen una excusa legítima. Se les da el espaldarazo, cuando los hacen caballeros, y hacen el juramento —no sé cual es— secreto entre ellos. Tienen la orden, antes de que tengan la comandancia, y esperan la vacante; pero si el maestre principal, llamado gran maestre, tuviera algunas en sus manos, las podría dar si quería a algún caballero recientemente ingresado en la orden, no a otro.

»Hay además también otras órdenes de caballeros en España: la una es la Orden de Calatrava. Estos no se pueden casar, y hacen los tres votos de religión, y tienen también la orden de hacer la guerra a los infieles, moros, turcos y sarracenos. Y están obligados a llevar una cruz de oro, floreada, con cuatro puntas, sujeta sobre su traje o sayal; en lo demás, se visten como quieren. Su gran maestre tiene cuarenta y cuatro mil florines de oro. Respecto al número de estos caballeros y al número y valor de sus comandancias, me callo, como ignorante.

»La tercera Orden, es la Orden de Alcántara, bastante parecida a la segunda; pero, en vez de cruz roja, llevan una cruz verde, tal como la antedicha. Su gran maestre tiene cada año treinta y seis mil florines de oro. Del mismo número de ellos, y de sus comandancias, no sé hablar.

»El lunes, 25 del mes de Julio, día de Santiago el Mayor, monseñor, según la costumbre real, fué muy de mañana al campo, para correr las cañas, acompañado del condestable, del duque de Alba, del duque de Nájera y de otros grandes señores, y allí lucharon a la jineta. Luego, como el día de San Juan, se retiró hacia dicho río, donde estaban los catafalcos, fuentes y enredaderas como entonces, donde todos fueron obsequiados con frutas y buenos vinos. Hechas estas cosas, regresaron a Toledo, antes de que el sol tuviera fuerza. Y, antes de apearse, monseñor y los otros corrieron las cañas delante de la reina, en la plaza donde hay costumbre de correr y justar.

»El mismo día de Santiago, monseñor, después de echar pie a tierra, se vistió y fué a oír la misa mayor con la reina y la princesa. Los cantores del rey la cantaron en el gran salón, donde se hizo un gran sermón en español. Allí estaban los grandes maestros de Santiago, llevando sus cruces, como el comendador mayor, los infantes de Granada, el conde de Benavente y otros, vestidos con sus capas blancas durante las vísperas del día anterior, la misa mayor y las segundas vísperas del día, sentados cada cual según su calidad.

»Este día, por la noche, monseñor, que nunca había tomado parte en el juego de cañas, intervino en él con los otros de Castilla, etc., y desempeñó su papel de tal modo, que fué estimado de los que le vieron y considerado como uno de los que mejor se tenía a caballo, y adiestrado a su guisa, entre todos ellos.

»El viernes, 29, monseñor, con algunos de sus caballeros, fueron muy de mañana a un hermoso lugar umbrío, en la ribera del Tajo, a media legua de Toledo, y antes de comer, se armó a la moda de España, y se ensayó a correr en la liza, lo que nunca había hecho, e hizo armar al escudero Bouton, para luchar contra él. Pero, cuando empezaron a correr, hubo que desarmar al dicho Bouton, porque su yelmo le hacía daño, y no pudo correr dicho día. Monseñor, después de comer, regresó a Toledo.

»El sábado, penúltimo día de Julio, falleció Antonio de Herrines, gentilhombre de la casa del archiduque, uno de sus escuderos trinchantes. Cayó de su caballo a tierra, al acompañar al rey de Aragón; de ello murió. Recibió todos los sacramentos requeridos en la muerte.

»Cuando llevan el sacramento de la Extremaunción en España, gentes de bien llevando antorchas o candelas de cera encendidas, lo acompañan hasta el lugar donde está el paciente, y aguardan el regreso del sacerdote, y acompañan al sacramento hasta la iglesia. Y si, en

tanto que llevan el sacramento por las calles, el rey u otros de los grandes señores del país, lo ven, bajan de sus caballos y se aproximan al sacramento. Entonces las gentes de bien les entregan sus antorchas o candelas, y van a acompañar a dicho sacramento, el cual siempre que lo llevan va acompañado de muchas gentes. Jamás lo he visto llevar tan reverentemente como en España.

»El domingo fueron todos los caballeros al entierro del dicho Antonio de Herrines, por el que vigiliás, como dicen, y las misas fueron celebradas honestamente.

»Por la tarde, a las cuatro, monseñor se vistió a la morisca, junto con el condestable, el duque de Alba y otros, y acudió a la gran plaza del Mercado de Toledo, para ver la corrida de toros. De allí volvió a la plaza delante del palacio, y jugó a las cañas, y corrió a la jineta por segunda vez. Acabado esto, fué, a la moda castellana, a besar las manos de la reina; lo que, después de él, hicieron los otros príncipes.

»El martes, 2 de Agosto, morseñor se armó a la moda de Castilla, e hizo armar al dicho señor de Chault, a Bouton, a Bernardo de Orley, y se encontraron en las lizas donde el archiduque había estado el viernes anterior, donde corrieron varias carreras, entre las cuales don Diego de Quanimés, corrió de tal modo que acertó en el ojo al caballo de Mingoal, y rompió su lanza de tal manera que, apeado su dueño y sacado el trozo, murió en el sitio el caballo.

»Por la tarde, se hicieron las vigiliás de dicho Antonio difunto, en las que se encontraron varios caballeros.

»Al día siguiente, miércoles, 3 de Agosto, hicieron el funeral del mismo Antonio, en el que se encontraron los que habían estado en las vigiliás.

»El jueves el archiduque, para cambiar de aire, fué a comer a cuatro leguas de Toledo y a dormir a tres leguas de allí, en una casa de diversión llamada Aranjuez, situada en la ribera, perteneciente al adelantado de Murcia, donde estuvo cinco noches, tirando a los conejos en una legua o dos alrededor; y, porque la casa era pequeña, hizo plantar tiendas y pabellones para su alojamiento, y los caballos estuvieron alojados en una villa pequeña llamada Ocaña, a dos leguas de aquella casa.

»Luis de Rassencourt, hermano del presboste de Arras, murió en Toledo, estando el archiduque fuera, el 6 de Agosto.

»El 9 monseñor regresó a Toledo.

»El jueves comió en el monasterio de San Bernardo.

»El sábado, 13, monseñor fué llevado por la reina a un pequeño convento de religiosas, y lo llevó a la iglesia de Nuestra Señora, y allí se quedó aquella noche.

»El domingo, víspera de Nuestra Señora de mitad de Agosto, el archiduque y la princesa fueron con la reina a oír vísperas a la iglesia mayor de dicha Santísima Virgen, donde se concedían indulgencias papales de penas y de culpas, desde las primeras vísperas hasta las segundas inclusive: para merecer las cuales la mayor parte de las mujeres de la ciudad pasan la noche en dicha iglesia. Para obtener estas indulgencias el archiduque visitó por la noche esa iglesia, y volvió a dormir a su alojamiento.

»El lunes, 15, día de la Asunción Virginal, el archiduque y su mujer fueron a dicha iglesia a oír la misa con la reina, y comieron en

casa del arzobispo, y después de comer oyeron allí mismo vísperas en la dicha iglesia de Nuestra Señora. Después de las vísperas, el archiduque, vestido a la castellana, con el conde palatino, fué al Mercado de Toledo para ver la corrida de toros y después los juegos de cañas.

»Ese día marchó, por haberlo autorizado monseñor, Carlos de Rassencourt, para volver a su casa, porque había tenido noticia de la muerte de su padre.

»El martes, 16 de Agosto, fué el archiduque a comer a San Bernardo, para ver al obispo de Besançon, allí enfermo.

»Ese día el señor de Boussut, el bastardo de Trazegnies y Lourdault, cantor de monseñor, cenaban en su alojamiento, cuando se presentó una mujer con su marido. Los antes nombrados los convidaron. Después aparecieron otros castellanos con ánimo de divertirse y armar querrela, a los cuales el señor Boussut, para evitar pendencias, los hizo salir fuera del hospedaje. Y, después de cenar, los antedichos, sin ir armados de palos, paseándose por el Mercado y alrededores a las diez de la noche, fueron asaltados por veinte o más castellanos, provistos de espadas, escudos y jabalinas. Pero los asaltados se las manejaron tan bien que les quitaron sus armas y les hicieron huir, y lo hicieron de tal modo, que uno de ellos murió al día siguiente. Por lo cual convino a los antedichos acogerse al amparo del convento llamado monasterio de San Bernardo, a media legua de Toledo; y al día siguiente se trasladaron, por alguna causa, a la abadía de Jerónimo, en donde estuvieron hasta la marcha del archiduque de Toledo, que los perdonó, entendiéndolo haber sido en defensa propia. Y se satisfizo la reina, diciendo que ella hubiera impuesto con sus gentes grave castigo si hubiesen sido culpables, pero que en su derecho quería valerles, por lo que la reina los perdonó y tuvieron su gracia. Pero Francequín, sopoero de la princesa, que había sido herido en aquella pendencia, murió en dicho monasterio el 27 de Agosto.

»El domingo, 21 de Agosto, monseñor fué a ver a la reina en la iglesia mayor.

»El lunes la fué a requerir a dicha iglesia, donde ella había hecho su novena a Nuestra Señora de Agosto. Ese día el archiduque, comprendiendo que se aproximaba el fin de monseñor de Besançon, le visitó después de comer. Y él, conociendo la brevedad de la vida, le dijo varias cosas que tenía sobre el corazón.

»Este, pues, llamado maestro Gille Busleyden, arzobispo de Besançon, murió el martes, 23 de Agosto, en el monasterio de San Bernardo, donde llevaba mucho tiempo enfermo. Había sido en su tiempo maestro de escuela de monseñor, y, a su muerte, era uno de los principales gobernadores de su casa. Había obtenido del Papa, por medio del archiduque, el capelo cardenalicio; pero la muerte le tomó antes de que le fuese traído. Sus beneficios eran el obispado de Saints Ponts, en Languedoc, el cual habíale dado el rey de Francia, y enviado la donación por medio de uno de sus secretarios, un poco antes de su muerte, con una buena abadía en Bretaña; el obispado de Coria, en España, donación del rey y de la reina de España; dos archidiaconatos en Inglaterra, del rey de Inglaterra; su prebostazgo de Lieja, primer título suyo, y otros sin nombre en los países del archiduque. Y fué enterrado en la iglesia de dicho monasterio, en una capilla próxima al coro, a mano derecha. Y ordenó que su corazón fuese llevado a Besan-

çon. Y dió a dicho monasterio dos mil quinientos florines; ordenó además cubrir su cuerpo con un sepulcro de alabastro, y cubrir su sepultura con un gran palio de terciopelo negro cruzado de seda carmesí. Además de eso, dió cincuenta varas de terciopelo, para hacer casullas, a la iglesia, y otras varias cosas, que dejó entre Dios y él. Además ordenó veinte mil escudos para dar por Dios. Limosnas hechas, en salud, de bienes saludablemente adquiridos, son meritorias.

»Muerto este arzobispo, el archiduque ordenó como jefe de su consejo, en su lugar, al señor Balduino, bastardo de Borgoña, hijo del buen duque Felipe.

»Notad ocasionalmente que, cuando muere un español, su viuda, en el día de su solemne funeral, o su parienta más próxima, hace poner sobre su sepultura un lecho y una cubierta lo más suntuosos que puede hallar, dos almohadas, y sobre eso pone pan y vino, con algunos cirios ardiendo. Y ella está detrás, y, a lo largo del funeral, llora y se lamenta, y se tira de los cabellos, gritando: ¡Oh Dios! ¿Por qué me has arrebatado a este hombre que era de los mejores del mundo? Y continúa con otras mil varias palabras, locas y perdidas; y, si no hacen eso ellas mismas, alquilan mujeres para que lo hagan, las cuales muestran el mismo sentimiento que las otras habrían de mostrar. Parece ser que su dolor es más grande en la apariencia que en el corazón.

»En ese tiempo le fué imputado a Felipe Cotteron, guarda de las joyas del archiduque, haber vendido o cambiado algunas pedrerías y joyas, por lo cual fué detenido. Pero nada quiso confesar, por lo que fué torturado en tal forma que murió poco después. Y cuando vieron que nada habían conseguido con torturar a aquél, enviaron a buscar a Brujas a un tal Juan Bave, que anteriormente al dicho Felipe había guardado las dichas joyas hasta la salida del archiduque, para saber la verdad de las dichas sortijas. Este, llegado a Toledo, fué detenido y sometido a la vigilancia de un caballero llamado Hesdin, y luego fué interrogado y examinado sobre el asunto del antedicho Felipe Cotteron, y poco después cogió una enfermedad en la cárcel y murió.

»El jueves, 25, el archiduque llevó a la reina a la casa del mariscal de España, donde estuvo hasta su salida de Toledo.

»El viernes, fué el archiduque a San Bernardo, a las viglias del señor de Besançon, acompañado de varios grandes señores, tanto de España como de su casa. El paño mortuorio del mencionado, estaba sobre su sepultura, y alrededor ardían treinta y seis cirios.

»El sábado, en el funeral, fué solo el archiduque a la ofrenda, etc.

»El lunes, 29 de Agosto, monseñor y su esposa, después de haber oído la misa, salieron, a la una de la madrugada, de Toledo, donde dejaron a la reina y a muchas de sus gentes enfermas; y fué el archiduque a dormir en una casa de placer llamada Aranjuez, a siete leguas de Toledo».

Lalaing, es el cronista áulico de la estancia de Felipe el Hermoso en la Ciudad Imperial; apenas nos facilita algunas noticias ocasionales acerca de Toledo, como las del jardín regio, fragante de aquellos granados que aromando quejumbres de

moria, vieron el Edrisi y Abulfeda, el cortejo procesional de Corpus, con una monumental custodia bajo el dorado palio carmesí, el sortilegio mañanero de San Juan, quebrado en el policromo recuerdo medieval para desvanecerse después entre las frescas riberas del Tajo, las viejas melodías del rito mozárabe, tan extrañas para el extranjero, la hermosura de la Catedral Primada, la conmemoración de Santiago, que vibra en la prócer albura del manto caballeresco, la reverente manifestación del pueblo ante el Santísimo Sacramento rubricando el ocaso de una vida, el nocturno vigiliar de la Asunción de la Virgen y el artificioso duelo de la mujer que perdió al esposo; en cambio, describe minuciosamente las ceremonias cortesanas con la entrada del archiduque en nuestra Ciudad, los reales banquetes, la proclamación de Felipe el Hermoso como príncipe de Castilla, el casamiento de la hija natural del monarca, las justas y cacerías, las solemnidades funerarias del príncipe de Gales, Enrique de Aragón y el arzobispo de Besançon, los tapices, las joyas, los terciopelos y las sedas, mientras sobre el opulento barroquismo de los bordados deslumbrantes de pedrerías, triunfa la gentil feminidad de una dama de Toledo que en la cena del Alcázar brinda su espléndida belleza a la rivalidad de tres caballeros.

Consideración especial merecen las referencias de las alhajas existentes en el tesoro del templo mayor de la Imperial Ciudad, cuando le visita el archiduque en 25 de Mayo de 1502.

En el fastuoso relato aparece un lignum crucis con glíptica de camafeos, posiblemente identificado por la cruz ante la que se postraron los arzobispos de Toledo en la emotiva adoración del Viernes Santo, desde el siglo XIV hasta 1936; los relicarios «de la cruz en que fué crucificado» San Andrés, «carta original de S. Luis Rey de Francia, con sello de oro pendiente, en que dice, que envía varias reliquias a ésta Santa Yglesia», «espina de la corona de N. S. Jesu Christo» y «del paño que se ciñó cuando lavó los pies a sus discípulos»; la incomparable Biblia, que Tetzl presenta como la «de más precio que según se opina, hay en toda la cristiandad» y Münzer juzga «que no hay en el mundo otra Biblia igual»; la cruz del milagro que en el inventario del cardenal Lorenzana se detalla como «dos medios maderos en cada uno de los cuales está señalada una cruz, y se hallaron en la plaza mayor de esta Ciudad en la casa de la Cruz, el qual

un converso de judío echó muchas veces en el fuego y nunca ardía, quiso hender por medio, y no pudo, y blasfemó de Dios, y el madero por milagro se hizo dos partes a la larga, ingenuo tema para la más bella leyenda gótica; la suntuosa mitra valorada en veinticinco mil ducados, fúlgida en el ensueño del recuerdo; el cáliz del orifice de Barcelona, Berengel Palao, ofrenda de doña Mencía de Mendoza al tercer rey de España, abierto con gracia de tulipán al sacro misterio eucarístico y el anillo pontifical irisado en el rocío de sus veintium diamantes sobre los pétalos de la rosa centrada de un rubí, obra del taller de Gregorio Gorio en Guadalajara; áurea orfebrería con temblores de gemas que junto a la cruz pectoral, el gran portapaz y ricos ornamentos, el insigne arzobispo legó al Sagrario catedralicio por cláusula testamentaria, para que en la última Cruzada se trocara en joyel inestimable de rubíes martiriales, esmeraldas cautivas y perlas dolorosas, como precio a nuestra liberación del marxismo.

Después de esperar en Oñas que le proporcionaran alojamiento, entra el magnífico micer Andrés Navagero en la Ciudad Imperial el día 11 de Junio de 1525, como embajador de Venecia en la corte de Carlos I.

El antiguo entusiasta de Estacio bajo la dirección de Sabéllico, alumno de Mosurus en la Universidad de Padua, bibliotecario de San Marcos, gran humanista, orador y poeta, abandona el país natal para unir su erudición en nuestras tierras a la de Boscán, Pedro Mártir de Angleria, Baltasar de Castiglione y Lucio Marineo Siculo.

Ante Navagero, se despliega un medio de intrigas diplomáticas y resplandores palatinos, pero como el embajador añora la exuberancia del jardín estremecido de luces y sombras, las viejas piedras doradas por el sol de los siglos y el exotismo de las remotas Indias, olvida escribir sus impresiones de la liberación de Francisco I, los regios matrimonios celebrados en un ambiente de constante lucha y el nacimiento de Felipe II, para decirnos que:

«La ciudad de Toledo (1) está situada en un monte áspero, rodeada casi por tres partes el río Tajo; por donde el río no pasa la ciudad es

(1) VOLPI, *Viaje por España del Magnífico Micer Andrés Navagero, embajador de Venecia al emperador Carlos V.* Padua Josef Comino 1718.

fuerte también, por lo pendiente y difícil de la subida; mas junto a ella, en lo bajo, tiene una llanura que se llama la Vega; pasado el río, por todas partes hay riscos y montes muy ásperos más elevados que aquél en que está situada la ciudad, de modo que, aun cuando en alto, como la rodean por todas partes montañas más grandes, está como ahogada, y en el verano hace en ella grandísimo calor y en el invierno es muy húmeda, porque entra poco el sol, y por las continuas emanaciones del río, porque la Vega está a la parte del Norte. Los montes cercanos a Toledo son pedregosos, desnudos de árboles muy ásperos.

»El Tajo nace en Aragón, no lejos de Calatayud, donde dicen que estaba Bilbilis, patria de Marcial. Antes de llegar a Toledo pasa el río por un llano que llaman la Huerta del Rey y que se riega todo con norias, que son ruedas hidráulicas que sacan el agua del río, por lo cual está lleno de árboles y de muchos frutos, y está todo labrado y hecho huertos, de donde se surte la ciudad de hortalizas, principalmente cardos, zanahorias y berenjenas, que aquí se gastan mucho. En esta llanura hay un antiguo palacio arruinado que llaman de Galiana, que fué hija de un rey moro, de la que se cuentan muchas cosas, no sé si verdaderas o fabulosas, que se suponen acaecidas en tiempo de los paladines de Francia; mas sea esto lo que fuere, las ruinas muestran que el palacio era hermoso y están en un lugar muy apacible. Pasado este llano, el río se acerca a Toledo entre empinados montes, el que le sirve de asiento y otro enfrente; y entre ellos pasa por toda la extensión que circunda a la ciudad, que, como he dicho, es por tres partes de ella. Al salir de entre los montes el río deja a mano derecha otra llanura que es la Vega, en la cual y en la parte cercana al río hay también bastantes huertas, que se riegan, como las otras, con norias que sacan el agua del Tajo: el resto de la Vega es estéril y sin un árbol. A poco de entrar el río entre los montes, se encuentran ruinas de un edificio hecho para sacar agua del río y llevarla a la ciudad para su consumo. El César ha dispuesto que se restaure esa fábrica para dar esta comodidad a Toledo, que hará la obra a su costa, e importará, según dicen, cincuenta mil ducados, habiéndose hallado un hombre que prometía hacerla, y cuando yo estaba en España entendí que la cosa había llegado a buen término. Poco más adelante se encuentran vestigios de un antiguo acueducto que venía por los montes del lado de allí del río, los cuales, como he dicho, son más altos que la ciudad, de suerte que no era solo acueducto, sino también puente. En aquella parte del camino se ven, durante algunas millas, trozos de los canales por donde venía el agua, y en la manera de la fábrica se conoce que son antiguos. También en la vega se ven rastros certísimos de un circo bastante grande, y otras antiguas ruinas que no se puede saber qué serían.

»La ciudad es desigual, montañosa y áspera, y sus calles estrechas, sin más plaza que una muy pequeña que se llama Zocodover; su figura es redonda, algo entrelarga y tendida toda en el monte; su mayor largo de Poniente a Levante es del Alcázar a la puerta del Cambrón; tiene dos puentes sobre el río; uno que va a la Huerta del Rey, que se llama el puente de Alcántara, y pasado, a mano derecha, hay un castillo arruinado. El otro puente es el de San Martín, y está más allá de San Juan de los Reyes y de San Agustín. Además de las puertas que están junto a los puentes, hay otras dos principales, la de Visagra, por

donde se va a Olías, y la del Cambrón, que da a la Vega; la ciudad tendrá de circuito tres millas y media o cuatro; más por la desigualdad del terreno es mayor que parece, y muy poblada, sin ningún solar ni jardín, por lo cual hay mucha gente.

»El palacio del arzobispo está junto a la iglesia mayor y es harto bueno. El arzobispado vale ochenta mil ducados al año; el arcediano tiene seis mil ducados de renta, y el deán de tres a cuatro, y creo que hay dos. Los canónigos son muchos, y ninguno goza menos de setecientos ducados; tiene la catedral otras rentas y hay muchos capellanes que alcanzan doscientos ducados al año. Demás de esto, el Sagrario de la Catedral es muy rico, lleno de infinitos paramentos y de otras cosas dejadas por reyes y arzobispos para adorno de la iglesia; hay muchos paños de oro con muchas perlas y aljofar, y entre otras cosas una custodia o tabernáculo para poner el Cuerpo de Cristo, toda de plata y pedrería, que dicen vale treinta mil ducados, y en verdad es muy bella y rica; también hay una mitra con algunas piedras, y aunque quizá no tanto como dicen, vale mucho; hay otras alhajas y piedras preciosas de que no hablo particularmente, pero todo junto es de gran precio y hace que se pueda decir con verdad que ésta es la iglesia más rica de la cristiandad, y que juntas las suyas con las del arzobispado tiene más rentas que toda la ciudad, aunque hay en ella muchos caballeros y señores principales, entre ellos el marqués de Villena, que tiene más de sesenta mil ducados de renta.

»Las principales casas de Toledo son las de Ayala y Silva, que son contrarias y enemigas y se llevan tras de sí la ciudad y la dividen en bandos. El jefe de la casa de Ayala es el conde de Fuensalida, persona de no muchas rentas, y el de la casa de Silva don Juan de Rivera, que es muy rico. Hay pocos caballeros de mucha renta, mas la suplen con la soberbia o, como ellos dicen, con fantasía, de la que son tan ricos que si lo fueran también de bienes de fortuna, el mundo entero sería poco contra ellos. Muchos grandes tienen en la ciudad hermosos palacios y residen alguna vez en ellos, como el marqués de Villena, el conde de Cifuentes y otros muchos. Don Diego de Mendoza, hermano del marqués de Cenete y segundo hijo de don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal, tiene un hermoso palacio; su padre le dejó quince mil ducados de renta, y a su primogénito el marqués de Cenete treinta mil. Este cardenal fundó también en Toledo un hermoso hospital que está cerca de la puerta de Alcántara, sumtuosamente labrado y donde nada falta.

»En las cercanías de Toledo hay varios monasterios, y dos de ellos muy hermosos; uno llamado de las Islas, de frailes jerónimos, tiene un abundante manantial que embellece el sitio, haciéndole frondoso y abundante de árboles, cosa muy estimable en esta tierra; el otro es de monjes bernardos y se llama de San Bernardo, está más distante de la ciudad que las Islas por la parte del puente de San Martín, y también es lugar ameno con algunos pinos muy frondosos y otros árboles; también tiene aguas corrientes, que son las que le dan su hermosura.

»En Toledo nos alojamos primero en Santa Justa, en casa de Vasco de Guzmán, y después, cuando se marchó micer Lorenzo, en casa del jurado Aguirre. En tiempo de las comunidades sufrió Toledo un gran asedio porque resistió mucho la ciudad contra el rey, inducida por el obispo de Zamora y por Juan de Padilla, el cual fué degollado después

de la victoria de los imperiales, y el César mandó que su casa fuese asolada y que no se pudiera nunca levantar, sino que siempre quedase yerma; así se hizo y así permanece todavía, habiendo en el centro del solar una piedra en que está escrito todo cuanto sucedió entonces y lo que mandó el César. Doña María, mujer de don Juan Padilla, huyó a Portugal, donde todavía está, y el emperador no ha querido perdonarla nunca, porque dice que indujo a su marido a hacer lo que hizo, y es lo cierto.

La exposición del diplomático veneciano, se completa en su segunda carta dirigida el 12 de Septiembre de 1525, al que había representado a la Señoría en Francia Juan Bautista Ramusio, según la cual Toledo «tiene muchas casas buenas y cómodos palacios, más quizá que ninguna otra ciudad de España, pero no tienen por fuera vista ni apariencia alguna; son todos hechos de cantos, y alguna parte de piedra labrada y de ladrillo y lo demás de tierra como se usa en España; tienen pocos balcones y pequeños, lo cual dicen que es por el calor y por el frío, y la mayor parte de las casas no tienen más luz que la de la puerta. La manera de construir es dejar en medio el patio y labrar en sus frentes cuatro crujías divididas como les conviene. Hay en la ciudad algunas buenas iglesias, y entre ellas la Mayor es hermosísima y muy grande con muchas capillas, donde se dice gran número de misas por el alma de los nobles que tienen allí sus sepulcros».

Lejos del lirismo, el error y la minuciosidad que a veces abruma, Navagero da una versión conjunta de Toledo, llena de gracia, fidelidad y en ocasiones de desenfado.

Espontáneamente comprende el raro contraste del áspero risco desnudo de toda vegetación, con el llano apacible donde el agua canta el romance legendario de Galiana, mientras el Tajo se desliza suavemente para tornarse brusco, cuando un artifice del conde de Masao, anticipándose a Juanelo Turriano, intenta elevarle a la Ciudad; la asimetría urbana de Toledo, sin plazas ni jardines, con sus herméticos palacios velando el misterio de los patios, dormidos en el silencio; la nobleza de la Ciudad fragmentada en los bandos de Ayala y Silva, tan pobre de recursos como rica en imaginación; los viejos monasterios perdidos en la incertidumbre de la lejanía; la piedra orfebrada del Hospital de Santa Cruz; la trágica soledad de la arrasada mansión de Padilla con el doloroso recuerdo de una mujer que en tierras extrañas

esperó en vano el perdón del emperador; las ruinas del circo, renaciendo de un olvido que parecía eterno; la custodia terminada de labrar por Enrique de Arfe el año 1524, «bellísima y soberbia», y el Tesoro de nuestra Catedral, constelado de gemas.

De humilde origen, sirviendo a Carlos I de escudero y más tarde como interventor, Juan de Vandenesse, natural de Dijón, acompaña al emperador en todos los momentos de su azaroso reinado y cumple con tanto acierto su deber, que el César le recomienda a Felipe II, para que continuase desempeñando análogas funciones con el nuevo monarca.

Sucesor de Lalaing, Vandenesse es el cronista que lega a la posteridad las más completas noticias de la corte imperial, correspondiéndole redactar el triste relato de un acontecimiento infeliz, ocurrido cuando Carlos I establece su residencia en Toledo, desde el 25 de Octubre de 1538 hasta el día 12 de Mayo de 1539.

«En el dicho lugar de Toledo (1), en el mismo tiempo, en Abril, estando la emperatriz embarazada de ocho meses, dió a luz un niño, el cual poco después murió, y tomó la fiebre, de la cual, el primer día de Mayo siguiente, a la una, después de mediodía, habiendo hecho su testamento, recibidos todos sus sacramentos con buena memoria, entregó su alma a su Creador en presencia de su magestad. E inmediatamente su dicha magestad se retiró a su habitación y la difunta señora permaneció todo el día en su lecho, con la cara descubierta, cuyo lecho estaba cubierto de escarlata, rodeado de varias damas enlutadas. Vinieron inmediatamente varios religiosos y presbiteros a leer el salterio, y todos los que querían acudían a ver a la dicha dama difunta. Y por la noche, el cuerpo fué, por la marquesa de Lombay y Melsie de Salcedo, que eran damas suyas, un médico y un barbero de su magestad, vestido y amortajado sin ser abierto, porque así se lo había suplicado a su magestad antes de su muerte. Fué puesto en un féretro de plomo, y estuvo el dicho cuerpo toda la noche en la dicha habitación. Y por la mañana, alrededor de las nueve, fué llevado abajo dentro de una sala que estaba toda tendida de negro, delante de un altar que había allí armado, donde todo el día habían celebrado misas. El oficio de difuntos fué dicho por el obispo de León y cantado por los cantores de su magestad, de requiem.

»Su dicha magestad estaba secretamente en una ventana en alto, desde la que podía ver el dicho altar.

»En la dicha sala estaban todas las damas de la difunta, vestidas de luto. Y como la sala no era bastante grande, el patio, que era

(1) GACHARD, *Colección de los viajes de los soberanos de los Paises Bajos*. Academia de Bruselas. Bruselas 1874. Tomo II.

cuadrado, fué cubierto por los cuatro costados con tres profundidades de paño negro, y en dos costados todo a lo largo había bancos, donde se sentaron: a un lado, los cardenales, arzobispos, obispos y consejeros; al otro lado, los duques, marqueses y condes, todos de luto.

»Vinieron todas las religiones y todas las iglesias del dicho Toledo, una después de otra, a hacer las recomendaciones sobre el dicho cuerpo.

»Acabada la misa, cada uno se retiró hasta las tres, después de medio día, que cada uno se reunió en el dicho patio, y toda la clerecía en una iglesia cerca del dicho patio. De cuyo lugar partieron cada uno en su orden, marchando paso a paso hacia la puerta que va a Granada; y después de las cofradías y clero marchaban varios oficiales y gentileshombres de la dicha dama. Vinieron catorce, tanto duques y marqueses como condes, con grandes capas de luto, a recoger el dicho cuerpo en la dicha sala antes citada, puesto en una litera, cubierta de negro terciopelo, la cual tomaron sobre sus hombros y la llevaron hasta la puerta fuera de la ciudad. Seguía detrás del dicho cuerpo el príncipe de España, hijo único de la dicha señora, acompañado de los cardenales de Toledo, nuncio del Papa, embajadores de Fracia, Portugal, Venecia y otros, todos a pie, y tan gran número de gentileshombres y pueblo, que el dicho príncipe se vió obligado, por el gran calor que hacía y lo largo del camino que había desde el alojamiento hasta la puerta, a quedarse a mitad del camino y retirarse a una iglesia.

»Y en este orden fué conducido el cuerpo hasta la dicha puerta, donde el duque de Escalona y el obispo de Coria, designados para llevarlo a Granada, lo aceptaron. También fueron designados cuarenta gentiles hombres de la Casa del emperador, doce damas de la dicha señora difunta y los de su casa para acompañar el dicho cuerpo hasta Granada, donde por el arzobispo de dicho lugar fué recibido y aceptado, e inhumado en la capilla real, cerca del rey y de la reina católica, sus abuelos y madre, y del rey don Felipe, su suegro.

»Inmediatamente después, su magestad se retiró a San Jerónimo, fuera de Toledo, donde permaneció hasta el 27 de Junio.

»Los funerales de la dicha señora difunta fueron celebrados en el dicho Toledo, en el convento de San Francisco, llamado San Juan de los Reyes. La iglesia fué tendida de negro con cuatro paños de grueso, extendido por encima un terciopelo sembrado de escudos con las armas de la dicha dama difunta; por encima un astillero de madera cargado de cirios encendidos. Y el coro fué tendido de cinco paños de grueso, en medio del cual fué armada una capilla ardiente muy ricamente adornada, cruzada y recruzada en forma de corona imperial, cargada de cirios hasta el número de ochocientos, saliendo de las cuatro esquinas cuatro ángeles teniendo los cuatro cuarteles de la dicha dama difunta. Sobre cuya capilla estaba la representación del cuerpo, cubierto con un gran tisú de oro, sobre el cual había un cuadrante en el que estaba la corona imperial y las armas de la dicha dama; los reyes de armas alrededor del dicho cuerpo; a mano derecha, el asiento del príncipe; al pie, el sitio del embajador de Portugal, representando al rey su señor, hermano de la dicha dama difunta. Y después del dicho embajador estaban las duques, príncipes, marqueses, condes y gentileshombres, cada uno con gran capa de negro y sombrero cubierto de luto. A mano izquierda de la dicha capilla estaban el carde-

nal de Toledo, el nuncio del Papa, los embajadores, señores del Consejo y de las finanzas, y cerca del altar mayor, doce obispos. Las calles de Toledo fueron cerradas desde el palacio hasta la iglesia.

»Y el día 20, a eso de las dos, después de mediodía, se reunieron en las habitaciones del príncipe los embajadores, duques, condes, señores y gentileshombres y oficiales del emperador, de la dama difunta, del príncipe y de las señoras infantas, sus hermanas. Todos, mezclados en conjunto, salieron del dicho palacio, todos enlutados y con capas arrastrando y sombreros cubiertos de luto. Iban de dos en dos, en el orden que se sigue: un rey de armas, los de la caballeriza, los pajes, los oficiales, jefes de oficio, pensionistas, gentileshombres de la casa, de la boca y de cámara, chambelanes, condes, marqueses y duques, sin guardar ni respetar la procedencia; los mayordomos, yendo y viniendo entre el duelo, haciendo guardar el orden. Después marchaba el príncipe de España con su luto, al cual sólo le fué llevada la cola por el comendador mayor de Castilla, su caballerizo mayor; después del cual iba el embajador de Portugal solo, representando al rey su señor. Y después seguían los embajadores, cada uno en su orden. Fueron hasta la dicha iglesia y, sentado cada uno en su sitio, fueron comenzadas las vigiliass, y acabadas éstas, cada uno se volvió a su alojamiento hasta el día siguiente, a las ocho, que volvieron en el mismo orden que el día precedente, y se dijo la misa hasta el ofertorio, y entonces el príncipe fué a ofrecer. Fué pronunciado un sermón por un obispo de la Orden de San Jerónimo. Acabada la misa, cada uno se volvió.»

Roto el silencio funeral producto de la muerte de aquella gentil mujer que presintió Tiziano en toda su dulce melancolía como inspiradora del más noble renunciamiento sentido por un magnate de España, la última referencia relacionada con la Imperial Ciudad que nos facilita Juan de Vandenesse en el reinado del César, es la de que en 30 de Diciembre de 1541 Carlos I visitó Toledo, «en cuyo lugar su magestad ordenó hacer un castillo» para que Alonso de Covarrubias cincelara las piedras del Alcázar.

Siendo interventor de Felipe II, Vandenesse cuenta cómo un día del mes de Noviembre de 1559, el soberano entra en la Ciudad Imperial.

«Y el último día dió de comer a los caballeros de la orden, en una mesa aparte, en la que estaban sentados el duque de Alburquerque, el almirante de Castilla, el príncipe de España y el marqués de Vasto.

»Habiendo celebrado el rey la Navidad en Sisle, monasterio de San Jerónimo de Toledo, el lunes, primer día de Enero de 1560, estilo de Roma, fué a Nuestra Señora de la Esperanza.

»El 4, a Toledo.

»Y el 6, día de los Reyes, fué a oír la misa en la catedral, en la capilla de los reyes, y ofreció tres copas de plata dorada que le fueron presentadas las tres por el duque Enrique de Brunswick.

»El martes, 12 de Febrero, «el rey fué por la mañana a Toledo, y después de comer, la reina hizo allí su entrada, acompañada de todos los señores y príncipes de España: fué recibida fuera de la ciudad por gran número de habitantes, gentileshombres y señores, tanto eclesiásticos como seglares; las calles todas, tapizadas y las ventanas llenas de muchas hermosas damas, y arcos triunfales; fué recibida en la puerta de la ciudad por los regidores, vestidos con grandes trajes de terciopelo carmesí, teniendo un palio de tisú de oro frisado, bajo el cual se puso ella sobre un caballo blanco de España, que el rey le había dado, adornado y engualdrapado de terciopelo violeta carmesí; toda la silla, guarnición y gualdrapa cargadas de gruesas perlas y pedrerías muy ricas, y ella muy en orden entró en la ciudad. Cuya entrada duró desde la una de la tarde hasta las siete de la noche.

»Fué conducida y se apeó en la catedral, y desde allí al palacio, donde fué recibida a la entrada por el príncipe de España, que tenía fiebres cuartanas, el cual estaba acompañado de don Juan de Austria, hijo bastardo del difunto emperador, y del príncipe de Parma, y conducida por ellos a sus habitaciones, donde la recibió la princesa de Portugal. Hecho esto, cada uno se retiró porque la reina estaba muy cansada.

»El 2 de Marzo, la reina enfermó de sarampión.

»El jueves, 22 de Marzo de 1560, estando el coro de la catedral de Toledo adornado, tapizado en alto y en bajo, el rey, la princesa de Portugal, su hermana; el príncipe, su hijo, acompañados de todos los grandes señores de título, prelados, gentileshombres y representantes de los estados de Castilla y los que de ellos dependen, fueron a la dicha catedral, donde fué celebrada la misa por el cardenal de Burgos y cantada por los cantores del rey. Acabada la cual, y habiéndose armado al pie de la nave un gran catafalco de ocho escalones de alto en cuadro de cuarenta pies, todo cubierto de atelpado tapiz y todo tendido de tisú de oro frisado, otro altar armado en medio y un dosel sobre aquél; a mano derecha del cual había un gran dosel, bajo el cual había una mesa, tres cojines y tres sillas de tisú de oro; la de en medio, para el rey; la de la derecha, para la princesa, y la de la izquierda, para el príncipe. Del lado de la princesa, y un poco a distancia de ella, fuera del dosel, había una para don Juan de Austria y delante del altar una silla de terciopelo carmesí para el cardenal; delante de él una mesita cubierta del mismo y un cojín sobre el cual estaba el misal abierto y encima una cruz de oro; delante de la dicha mesa, un cojín de terciopelo carmesí, en el que se ponían de rodillas aquellos que iban a hacer el juramento de fidelidad, y al extremo de la dicha mesa, en pie, a mano izquierda, estaba el marqués de Mondéjar, que recibía los fendos. Detrás de él, tres del Consejo Real de Castilla y cuatro del Consejo Real de Aragón, para ser testigos del acto que allí se celebraba.

»Cerca de ellos, los maceros y reyes de armas y mayordomos del príncipe. A mano derecha de la dicha mesita, y delante del rey, estaba el duque de Alba, mayordomo mayor del dicho rey, y cerca de él el conde de Oropesa, teniendo la espada de honor. Y detrás de don

Juan de Austria estaban los cuatro mayordomos del rey teniendo sus bastones en la mano.

»Al pie del estrado, enfrente del rey, un poco detrás, había un banco cubierto para los prelados, y uno, un poco más delante, cubierto de tapicería para los embajadores, y delante de ellos otro cubierto de terciopelo carmesí. Enfrente de dichos embajadores, un banco cubierto de tapiz para los grandes que estaban en número de dieciocho; al extremo del cual, con un poco de distancia entre los dos, y en el extremo del de los embajadores, a cada lado había un banco cubierto de verde para los señores de título. Además de esos había bancos cubiertos de verde para los representantes de las ciudades, que eran treinta y seis, y el centro de la nave completamente vacío.

»Acabada la misa, y acudido el rey y puesto en su sitio, cada uno en su lugar y puesto, hecho el silencio, fué, por el consejero Muchat, leída en alta voz la fórmula del juramento que cada uno debía hacer, que es, en sustancia, que juraban y recibían y hacían homenaje y fidelidad a Carlos, hijo único de Felipe, su natural y legítimo señor, por príncipe y sucesor en los reinos de su padre después de sus días, y desde ese momento, le juraban por entonces para su rey y señor natural. Después fué en alta voz dicho por un rey de armas que su magestad ordenaba que todos fuesen a jurar conforme se encontraban para entonces sentados, sin poner diferencia y sesiones. Hecho esto, se levantó la princesa, acompañándola el rey y el príncipe, se fué a poner de rodillas ante el cardenal y juró y quiso besar las manos al príncipe, lo que él no quiso permitir; y estando de vuelta, sentada en su lugar, fué don Juan de Austria e hizo semejante juramento; luego fueron desde abajo del catafalco donde todos estaban sentados los prelados, los grandes, todos uno tras otro, a jurar y hacer el homenaje, e iban a besar las manos del dicho príncipe. Habiendo ellos acabado, fueron llamados por un rey de armas los señores de título; luego después, los representantes y diputados de las ciudades. En cuyo momento surgió una diferencia entre los de Toledo y los de Burgos; por fin, Burgos precedió, y Toledo quedó el último. Habiendo acabado, el duque de Alba, el conde de Oropesa, don García Manrique, gobernador del príncipe; los mayordomos del rey y el marqués de Mondéjar, fueron todos unos tras otros. Y, hecho esto, comenzaron a marchar para el regreso a palacio. Los embajadores fueron a congratular al rey y al príncipe y duró ese misterio desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde».

Con la narración de Juan de Vandenesse, terminan las impresiones de quienes visitaron la Imperial Ciudad mientras fué capital de las Españas; en Junio de 1561, Felipe II traslada la corte a la villa de Madrid, que según Barreiros está «asentada en fuego y cercada de él por los fundamentos de los muros y de las casas ser de pedernal»; se agostaron los jardines que viera el Edrisi; los granados de Abulfeda, desgranaron sus rubies al paso de los siglos; el azahar ya no aroma la cortesanía de Toledo gustada por Münzer, ni el regio vergel donde Lalaing acompañó

a Felipe el Hermoso; entre la áspera topografía cantada por Navagero, se esfuma el brillante cortejo de Isabel de Valois; sólo el Tajo, más piadoso que los hombres, sigue arrullando el silencio doloroso de la urbe despojada, mientras su cielo finge aquella «bandera de Toledo, de azul, con una corona cerrada, de oro», que el día 29 de Diciembre de 1588 se alzó en Bruselas durante los funerales de Carlos I de España y V de Alemania, para convertirse en símbolo eterno de la Ciudad Imperial.

Emilio García Rodríguez

ACADÉMICO NUMERARIO